

«El Señor nos impera a abrir el corazón, no los oídos»

Hno. Juanjo Santos, fundador de la comunidad monástica de sordos Benedictinos de Effathá

Rosa María Jané Chueca

El hermano Juanjo Santos perdió el oído durante su infancia, pero todavía conserva algunos restos de audición. El Señor le llamó a la vida religiosa y pasó 25 años en la Trapa de Dueñas (Palencia). Pero sentía que Dios le pedía algo más, y el 2 de febrero de 2005 fundó la comunidad monástica benedictina Effathá para personas sordas. Actualmente reside en Huelva, donde se encarga de la Pastoral del Sordo de la diócesis.

¿Qué le llevó a fundar Effathá?

Fue un proceso muy largo. La primera idea me vino por la necesidad de crear una comunidad de personas sordas que pudieran realizar su vocación y vivir según el Evangelio. Los sordos, en principio, no son admitidos en las congregaciones monásticas y religiosas. A simple vista, podría parecer una injusticia o marginación, pero mi experiencia personal me dice que las personas sordas necesitan una atención concreta. He sido muy feliz en la Trapa, aunque esto no quita las dificultades, las luchas, los sufrimientos... que vive una persona sorda, porque la comunicación es muy importante dentro de la comunidad. Y yo muchas veces viví las limitaciones de no poder comunicarme con mis hermanos o recibir formación. Mis superiores me dieron permiso para dar el paso y empecé la prueba en Santander.

¿Cuál es el balance de esta fundación?

Han entrado candidatos, pero no han perseverado. Actualmente estoy en Huelva, con otro compañero que hace la misma experiencia monástica y que, de momento, es oblat. Estamos los dos en un pequeño monasterio. Vivimos de la huerta y prestamos un servicio a la Pastoral del Sordo que nos ha confiado el obispo Vilaplana. Vivimos entre la oración y la evangelización. Rezamos en comunión con la Iglesia por las necesidades de todo el mundo y, en concreto, por la evangelización de las personas sordas y de aquellas personas que están trabajando a favor de los sordos para que la fe de Cristo llegue a los sordos con nuestro testimonio, con nuestro lenguaje de signos.

¿Y las vocaciones?

El tema de las vocaciones lo dejamos en manos del Señor. Esto me ha llevado a reflexionar sobre si esto es lo que el Señor quiere de mí, sólo sé que estoy en sus manos y que me dejó llevar por Él y por la Iglesia, que me acompaña, me impulsa y me da su bendición. El año que viene celebraremos 10 años. Seguro que haré una evaluación, un examen de conciencia, de abrir mi corazón al Señor y preguntarle qué quiere que haga, qué camino seguir. Estoy a disposición de la Iglesia porque soy limitado y soy consciente de que necesito ayuda. Yo estoy en la Iglesia, para la Iglesia y por

Agustí Codinach



«El silencio es muy importante para la relación con Dios y para que la propia persona reflexione, madure, se conozca a sí misma...»

la Iglesia, y quiero estar siempre en la Iglesia. Si la Iglesia cree que es tiempo de cambiar de rumbo, pues cambiaré de rumbo, con fe y alegría. Seguiré el Espíritu de Jesús.

¿En qué se diferencia de una comunidad de oyentes?

No hay mucha diferencia, pero está enfocada hacia las personas sordas, a la evangelización del sordo. Nuestro carisma específico es el mundo del sordo. Un distintivo clarísimo es el lenguaje de signos. Cada día tenemos encuentros fraternos, de recreación y la posibilidad de salir fuera. Vivimos el silencio, la oración, la *lectio divina*, la formación... el silencio es muy importante para la relación con Dios y para que la propia persona reflexione, madure, se conozca a sí misma...

¿Es más fácil para un sordo hacer silencio?

Los sordos para nada vivimos en un mundo de silencio, somos ruidosos, ¡habladores hasta los codos! Se nos califica como «el mundo del silencio», pero de silencio ¡nada! Los oyentes creen que los sordos son personas silenciosas a las que resulta fácil el contacto con Dios. Pero no es así, ni mucho menos... parece mentira, pero los sordos tenemos problemas para hacer silencio... no tenemos el ruido exterior de los oyentes, no oímos los golpes. Nuestro ruido es interior, que también tienen los oyentes. Nosotros tenemos un ruido que podríamos calificar de «movimiento». El lenguaje de las manos es como si fuera sonido. La gente siempre está en movimiento, nunca está quieta. Esto nos molesta mucho. Es como si les dijéramos: «¿No podéis estar callados?» No oímos, pero vemos el movimiento y esto nos

estorba y no nos da tranquilidad. Para los sordos, el ruido es el movimiento. Aunque depende del grado de sordera porque yo, por ejemplo, conservo restos de oído y percibo algunos ruidos.

¿Qué necesitan para el silencio?

Se requiere una formación, acompañarles, ayudarles, enseñarles y educarles desde pequeños... para que interioricen el silencio, el lenguaje, el corazón... pero si no se les ha educado cuesta mucho que hagan silencio. Hay que invitarles al silencio. En general, no han sido educados en el silencio.

Su comunidad se llama Effathá... ¿era casi obligado este nombre?

No fue una elección premeditada, pero es la única palabra que aparece en el evangelio dicha por el Señor a una persona sorda. El Señor nos pide que nos abramos a su palabra, que nos dediquemos a su alabanza. Los sordos necesitan mucha apertura a Dios y a los hermanos. Por eso el Señor nos impera: «¡Effathá!» Nos impera a abrir el corazón, no los oídos. Si te abres a Jesús de verdad, descubres las maravillas del Señor. Las limitaciones humanas, físicas, no son un impedimento para vivir la felicidad. Las asumes desde Jesús, aunque no todo es coser y cantar. El Señor mira el corazón. Las limitaciones no impiden la fraternidad; al contrario, nos ayudan a crecer en la comunión.

Usted descubrió esas maravillas del Señor...

En la llamada del Señor hay miedos, rechazos, riesgos, compromiso, renuncia a comodidades... esto me echaba para atrás y no me quería

comprometer del todo. Descubrí, a través de la Palabra de Dios, que debía confiar en Él, abandonarme completamente... porque la fe es un riesgo, pero es una ganancia. Cuando me di cuenta de esto me lancé, aunque siempre había la tentación de luchar y volver para atrás. Yo me agarro a la promesa del Señor y me arriesgo.

¿También hay que arriesgarse en la acogida a las personas sordas?

Siempre es bueno acoger a todos. Las personas sordas no son un motivo de división, es bueno acogerles conociendo sus limitaciones y necesidades, y ayudarles. Nunca imponerles la integración, porque eso no da frutos. Forzar nunca es bueno, hay que respetar la libertad de las personas. ¡Adentrémonos en el mundo de los sordos, no tengamos miedo! Hay que confiar en el Señor.

El último Encuentro Nacional de la Pastoral del Sordo, celebrado en Barcelona, se centró en la alegría. ¿Cómo se transmite una fe alegre?

El tema de evangelizar con alegría es muy bonito y nos hace reflexionar sobre cómo evangelizamos. ¿Lo hacemos con pasión, con alegría, o por la fuerza, por costumbre, por rutina? El Papa nos provoca y nos invita a evangelizar con alegría. No hay motivos para estar tristes porque tenemos la buena noticia del Señor, también para nosotros, los sordos. No tengamos miedo, porque el Señor está con nosotros y nos ha prometido su Espíritu Santo. También los sordos podemos ser misioneros de la alegría porque vivimos con gozo la presencia del Señor en nuestro corazón.